*Paulo Cesar de Oliveira Campos**

BRASIL: ESTABILIDAD, CRECIMIENTO Y EQUIDAD

El consenso nacional que vive Brasil en cuanto a las políticas básicas de Estado confiere al país una estabilidad institucional, jurídica y económica que es la garantía de las perspectivas positivas para el desarrollo del país en las próximas décadas.

Esa estabilidad representa, junto al enorme potencial consumidor del mercado brasileño, el principal estímulo para las inversiones extranjeras directas que el país viene recibiendo en gran volumen en la última década, hasta situarlo como el tercer país receptor en el mundo en 2012.

Las empresas españolas han tenido una importante participación en estas inversiones –España es la segunda mayor fuente de IED en Brasil–. Aun así, queda mucho espacio para que esa relación bilateral económica y comercial, que se ha revelado mutuamente beneficiosa, crezca.

Palabras clave: inversión, economía en crecimiento, internalización.
Clasificación JEL: F02, F21, F23.

El próximo mes de octubre Brasil va a celebrar un amplio proceso electoral. El pueblo brasileño será llamado a elegir Presidente de la República, Senadores y Diputados a nivel Federal, así como los Gobernadores de los Estados.

Será la séptima elección presidencial que se celebrará desde la redemocratización del país y la promulgación de la Constitución Federal de 1988. Y, como en cualquier elección, se presentarán a la Presidencia de la República candidatos de distintos partidos, con diferentes programas de gobierno.

Es muy importante llamar la atención de los observadores externos hacia algunos temas fundamentales que van a estar ausentes en los debates electorales. Y no debido a defecto alguno del sistema democrático brasileño, sino, por el contrario, gracias al propio proceso de consolidación de nuestra democracia y de nuestras instituciones.

Existe, hoy en día, un verdadero consenso nacional en lo relativo a la organización básica del Estado brasileño, las líneas maestras de nuestra política macroeconómica y la importancia de los programas de reducción de la pobreza y de mitigación de las desigualdades sociales. Eso es algo inédito en la historia de mi país, y apunta hacia una estabilidad institucional, jurídica y económica que es la principal garantía de las perspectivas positivas para el desarrollo de Brasil en las próximas décadas. Representa, junto al enorme potencial consumidor del mercado brasileño, el principal estímulo para las inversiones extranjeras directas que el país viene recibiendo en gran volumen en la última década.

La historia brasileña estuvo marcada, hasta el establecimiento de la Nueva República, en los ▷

* Embajador de Brasil en España.

Versión de mayo de 2014.

años ochenta del siglo pasado, por sucesivos cambios de régimen. A la Independencia del país, en 1822, siguieron más de setenta años de una experiencia monárquica única en las Américas. La primera fase de la República brasileña, que va desde 1889 hasta 1930, se caracterizó por un sistema democrático incompleto, con voto restringido –a ejemplo de otros muchos regímenes republicanos de la época– a una élite económica. La dictadura de Getúlio Vargas, cuyas diversas fases se extienden desde 1930 hasta 1945, paradójicamente, introdujo importantes pilares de la democracia brasileña, como el voto universal y una moderna legislación laboral. Entre 1945 y 1964, Brasil vive su primer período realmente democrático. Esa rica y corta experiencia resulta interrumpida por el golpe militar de 1964. Solamente en 1985, con la elección por parte del Congreso Nacional del candidato de la oposición Tancredo Neves para la Presidencia de la República, Brasil vuelve a pavimentar el camino rumbo a una democracia plena. Aquí cabe un importante recuerdo: los Pactos de La Moncloa fueron uno de los buenos ejemplos que ayudaron a señalizar el proceso de redemocratización brasileña.

Hoy, la aplastante mayoría de la población brasileña ve la democracia como única forma de gobierno aceptable para el país. Hay también un amplio consenso sobre la opción por los regímenes presidencialista y federativo de organización del Estado; por la existencia de tres poderes –ejecutivo, legislativo y judicial– independientes y autónomos; por la libertad de expresión y de organización política, tanto en partidos como en organismos no gubernamentales; por la prioridad concedida a los derechos humanos y al medio ambiente, por el respeto a la diversidad, por un servicio público profesional cuya contratación se da por medio de concurso.

Así como en la política interna, hay también consenso sobre las líneas maestras que orientan la política externa. Algunos de los principios básicos que rigen nuestra actuación exterior en los ámbitos bilateral, regional y multilateral son la defensa de los derechos humanos, el respeto a las diferencias, el respeto a la soberanía, la solución pacífica de las controversias, el derecho al desarrollo sostenible y la solidaridad.

Ese modelo de gobierno se consustanció en el texto de la Carta Constitucional de 1988, elaborada por una Asamblea Constituyente democráticamente elegida y cuyos trabajos fueron ampliamente divulgados y discutidos por la población brasileña, y se han ido consolidando desde entonces.

La evolución de la política económica también es compleja y rica en enseñanzas y experiencias. Durante casi toda su historia independiente, Brasil tuvo que convivir con altas tasas de inflación, un fenómeno económico con varias consecuencias nocivas, de sobra y por todos conocidas: inhibición de las tasas de crecimiento económico, desincentivo del ahorro interno (y, consecuentemente, de la capacidad de inversión del país), aumento de la desigualdad de renta e incremento en los niveles de incertidumbre e inseguridad.

A lo largo del siglo XX se pusieron en práctica varias políticas –ortodoxas y heterodoxas– de combate a la inflación, todas ellas de efecto limitado en el tiempo. No era raro que, pasados algunos meses de relativo éxito de un plan, los índices de precios volviesen a subir, a una velocidad aún mayor que la anterior.

No era la inflación, sin embargo, el único mal crónico que sufría la economía brasileña. Brasil ya nació como Estado independiente bajo el peso de la deuda externa. Una de las condiciones para que Portugal reconociese esa independencia fue que asumiésemos parte de las deudas que la antigua metrópoli había ido acumulando con naciones extranjeras a lo largo de los siglos. El pago del servicio de esa deuda siempre representó una pesada carga para el presupuesto nacional y disminuyó el margen de maniobra de nuestras autoridades financieras, una situación que alcanzó su punto más agudo después de ▷

la rápida escalada de los tipos de interés internacionales que siguió a las crisis del petróleo de los años setenta del siglo pasado. La crisis resultante legó al país casi dos décadas de estancamiento económico.

A pesar de todos los constreñimientos a que estaba sujeta la economía brasileña, esa larga fase de bajo crecimiento era una novedad en nuestra historia republicana. El país, hasta aquel momento del siglo xx, había mostrado altas tasas medias de crecimiento, cuyo combustible había pasado paulatinamente de la exportación de café y otros productos agrícolas a una industrialización basada en una política de sustitución de importaciones. Una política que suponía una economía altamente cerrada, en la que las empresas instaladas en Brasil sufrían poca competencia por parte de competidores internacionales, pero, en compensación, acababan limitadas al mercado interno brasileiro.

Los años ochenta demostraron que el modelo de desarrollo adoptado hasta entonces estaba ya superado, y que persistir en él condenaría a Brasil a no realizar nunca el inmenso potencial de que disponía.

Una de las primeras medidas que implantó el primer Gobierno federal democráticamente elegido en más de veinte años fue precisamente la apertura de la economía brasileña. El choque que siguió llevó a la bancarrota a varias compañías establecidas hacía décadas, pero contribuyó a aumentar la competitividad y la productividad de las empresas supervivientes, que fueron la mayoría. Ese relativo éxito no se repitió en la política adoptada para el control de la inflación. Siguiendo el malhadado sino de los planes anteriores, la obtenida estabilidad de precios duró pocos meses, siendo rápidamente sustituida por una escalada de inflación a niveles nunca antes sufridos en Brasil.

Sólo en 1994, con el lanzamiento del Plan Real, se consiguió domar la inflación, que se ha mantenido en niveles aceptables desde entonces y, en la última década, dentro de la meta programada por el Banco Central de Brasil.

En ese mismo período se aprobó la Ley de Responsabilidad Fiscal, que reguló los gastos de las Administraciones de los niveles federal, estatal y municipal, para, de este modo, controlar el déficit público. El efecto combinado de esas dos políticas posibilitó a Brasil retomar el crecimiento, al conferir previsibilidad a la economía. El país cuenta hoy con una moneda estable, reservas internacionales de más 375.000 millones de dólares (que convierten a Brasil en un acreedor internacional líquido), y una deuda pública que se acerca al 34 por 100 del producto interior bruto.

También viene de mediados de los años noventa el proceso de privatización de varias empresas públicas de los sectores financiero, energético, de telecomunicaciones, de minería y de aviación.

Por ese país, precisamente, fue por el que apostaron las corporaciones españolas, cuyo efectivo descubrimiento de Brasil data exactamente de la segunda mitad de los años noventa del siglo pasado, con la participación de Telefónica en el proceso de privatización del sistema de telecomunicaciones brasileño y la compra del Banco Noroeste y del Banespa (Banco del Estado de São Paulo) por parte del Banco de Santander. Una apuesta considerada en su momento arriesgada –pues la estabilidad política y macroeconómica del país estaba todavía recién conquistada–, pero que el tiempo se encargó de demostrar sabia.

Ése era el Brasil que se dibujaba en la última edición que esta revista dedicó a mi país, hace ya once años, durante el primer año del Gobierno de Luiz Inácio Lula da Silva. Un país con excelentes perspectivas, pero con un último y fundamental obstáculo que salvar si aspiraba a ser una nación desarrollada y plenamente democrática.

El Presidente Lula resultó elegido con base en un programa de gobierno con un fuerte contenido social. Había en la sociedad brasileña la conciencia de que ya no se podía atrasar más el enfrentamiento a las grandes desigualdades sociales y de renta que siempre habían caracterizado al país. ▷

En los últimos once años, los Gobiernos de Lula y Dilma Rousseff pusieron en práctica una serie de políticas de combate a la pobreza y de distribución de la renta que, además de rescatar la secular deuda de Brasil con los integrantes de sus clases menos favorecidas, generaron un mercado consumidor de masas en permanente expansión: en apenas seis años (entre 2005 y 2011), 40 millones de brasileños salieron de la pobreza, pasando a integrar una clase media que ya es más del 50 por 100 de la población del país. En lugar de nuestra tradicional pirámide social, tenemos hoy un «rombo social».

Para ello, el Gobierno se valió de una activa política de aumento del salario mínimo (a cuya corrección inflacionaria anual se suma un porcentaje de aumento real basado en la tasa de crecimiento de la economía) y de diversos mecanismos sociales innovadores, como los programas de complementación de renta «Bolsa Familia» (que beneficia a casi 14 millones de familias), «Brasil sem Miséria» y «Brasil Carinhoso», el programa de vivienda popular «Minha Casa Minha Vida» y los programas de infraestructura social «Luz para todos» y «Água para todos».

El resultado acumulativo que he intentado resumir es un país más rico y más justo, pues el desarrollo incluye cada vez a más brasileños, confiriendo a un mayor número de personas todos los elementos de la verdadera ciudadanía, que además de política, tiene que incluir los derechos económicos y sociales. Se llevó a cabo, también, desde una óptica empresarial, más previsible y más segura, tanto en términos económicos, como en términos jurídicos e institucionales. La mayor prueba de esa realidad viene dada por la continua apuesta que los inversores internacionales hacen por Brasil: si en 2010 fuimos, con un flujo anual de 48.500 millones de dólares, el sexto país del mundo en la lista de los destinatarios de inversiones extranjeras directas; en los últimos años pasamos a 60.000 millones de dólares de inversiones anuales; lo que nos llevó, en 2011, al cuarto lugar en la lista de receptores de IED y, en 2012, al tercero.

No es ninguna novedad la importante participación de las empresas españolas en esas cifras. Con un *stock* de cerca de 77.000 millones (de acuerdo con datos del último censo de capitales extranjeros realizado por el Banco Central de Brasil), España es la segunda mayor fuente de inversiones extranjeras directas en Brasil y Brasil, a su vez, para España, el segundo mayor destino de sus inversiones productivas internacionales. Y aquí resalto un detalle que no siempre se cita: las empresas españolas cuentan con una significativa financiación de bancos brasileños como el BNDES y el Banco de Brasil, lo que constituye otro factor diferenciador para nuestro país.

Cuentan, también, con diversos órganos gubernamentales especializados en la atracción y el apoyo a la inversión extranjera. El Departamento de Promoción Comercial del Ministerio de Relaciones Exteriores mantiene una página web[1] dedicada a la exportación de productos brasileños y a proporcionar al potencial inversor extranjero información práctica sobre cómo acceder al mercado brasileño. Contiene, por ejemplo, un actualizado calendario ferial[2], una serie de manuales legales y de oportunidades de inversión en el país[3] y una guía de oportunidades en los Estados brasileños[4].

El Ministerio también posee una red de Oficinas Comerciales en un gran número de países, que están habilitadas para proporcionar información al inversor. Tenemos dos oficinas en España, en Madrid[5] y en Barcelona[6].

La APEXBrasil[7] fue originalmente creada como una agencia de apoyo al exportador. Hoy por ▷

[1] http://www.brasilglobalnet.gov.br/

[2] http://www.brasilglobalnet.gov.br/Eventos/Pesquisa/frmPesqEvento.aspx?acao=Pesquisa&f=b

[3] http://www.brasilglobalnet.gov.br/Publicacoes/E/manuaisnbras.aspx#guiaLegalBrasil

[4] http://www.brasilglobalnet.gov.br/Publicacoes/E/guiaInvestidorEstadosFederacao.aspx

[5] Calle Almagro, 28, 2ª planta, Madrid – tel. 91-702-0635: secom.madrid@itamaraty.gov.br

[6] Avenida Diagonal, 468, 2ª planta, Barcelona: secom.barcelona@itamaraty.gov.br

[7] Agência Brasileira de Promoção de Exportações e Investimentos: www.apexbrasil.com.br

hoy, sin embargo, también desarrolla importantes programas de atracción de inversión productiva al país. El SEBRAE[8] es el órgano oficial brasileño de apoyo a las pymes, inclusive a las pymes extranjeras que se instalan en Brasil.

De acuerdo con la investigación que consta en el libro «Brasil: un gran mercado en expansión sostenible»[9], editado por la Cátedra Nebrija Santander de la Dirección Internacional de Empresas de la Universidad de Nebrija, el 90 por 100 de las empresas españolas con operaciones en Brasil dicen haber aumentado su facturación después de instalarse en el país, un 80 por 100 incrementaron su participación de mercado desde que se instalaron y un 70 por 100 vieron aumentar sus ganancias.

Quiero creer, por lo tanto, que los empresarios españoles han entendido el proceso de cambio estructural que está en curso en Brasil, y tienen presente un cuadro de tendencias a medio y largo plazo que va más allá de los titulares sensacionalistas de los periódicos y de las lecturas –en cualquier acepción «interesadas»– de los que ganan especulando con movimientos de capital a cortísimo plazo.

A pesar de la magnitud de las cifras de las inversiones españolas en Brasil, queda todavía mucho espacio para crecer. Brasil sigue teniendo enormes carencias y ofreciendo oportunidades en áreas como la infraestructura de transportes terrestres (tanto de tráfico rodado como ferroviario), puertos, aeropuertos, turismo y hostelería, riego y tratamiento de aguas, saneamiento básico y tratamiento de residuos, viviendas populares, educación y energías renovables. En todos estos sectores hay empresas españolas, de gran, medio o pequeño porte, ya presentes o no en Brasil, con *know-how* internacionalmente reconocido.

El comercio bilateral también merece más atención. El año pasado, los intercambios se acercaron a los 8.000 millones de dólares, cifra no despreciable, pero que todavía está muy lejos del potencial de las dos economías. Las exportaciones españolas aumentaron de modo espectacular en los últimos tres años, lo que muestra que, cuando hay interés, hay espacio y es posible incrementar el flujo de comercio. En lo que se refiere a las exportaciones brasileñas, éstas han sufrido un poco con los años de contracción de la economía española. Ahora pueden volver a crecer y nuestra expectativa es que dejen de estar concentradas en unos cuantos –pocos– productos comerciados por grandes corporaciones.

Me gustaría congratular a los editores de Información Comercial Española por la oportuna iniciativa de dedicar una nueva edición a Brasil. Estoy convencido de que los artículos de este boletín contribuirán a consolidar todavía más la noción de mi país como puerto seguro para las inversiones españolas y para que se profundice todavía más en una relación económica y comercial que se ha revelado mutuamente beneficiosa.

[8] Serviço Brasileiro de Apoio às Micro e Pequenas Empresas: www.sebrae.com.br

[9] http://www.nebrija.com/catedras/nebrija-santander-direccion-empresas/pdf/brasil-2edicion.pdf